

¿ TRES RELATOS MORISCOS EN DON QUIJOTE ?

Fernando Fáuaz Simón

ABSTRACT

This article analyses three moorish narrations in *Don Quijote*. Cervantes' knowledge of the Muslim world, as well as the social problem that such ethnic minority meant are brought into focus, the source of each of the stories, either *El romancero*, *Las mil y una noches*, or history itself, is established. A new taxonomy of the narration is presented.

Las primeras producciones literarias de corte popular en que aparece el tema de los moros son los romances, aunque se hallaba presente ya en el primer monumento de la literatura en lengua castellana, el *Poema de Mio Cid*. Permanece como una constante en todas las épocas de la literatura hispánica, y el cual Cervantes sabe aprovechar como recurso literario y como reflejo de la problemática social de su época. De ahí, surge el interés por conocer su forma particular de enfocar el tema en tres relatos cuyo foco de atención es, casualmente, la relación que se establece entre cristianos y musulmanes.

El tema histórico se convierte en una de las fuentes de mayor relevancia, inspiradoras de romances, por lo cual la Reconquista, en su última etapa, ofrece un atractivo singular para la actividad literaria. Recuérdese el valor de noticiero que poseen los romances fronterizos en los que se narra el enfrentamiento entre los dos grupos oponentes mencionados y cuyo escenario constante se localiza en Granada. De ahí que su origen se encuentre en el hecho histórico mismo y no en crónicas ni cantares de gesta, por lo que se constituyen en documento de información de toda una época, desde finales del siglo XIV hasta finalizar el XV.

Especial interés reviste la evolución que sufren dichos romances hacia una mayor objetividad del hecho narrado, al presentar una doble visión del acontecimiento: se incluye, al lado de la perspectiva netamente castellana y cristiana, el punto de vista del vencido. Se presenta al enemigo musulmán, sus héroes, sus creencias y costumbres. Tal es el caso del muy conocido romance "Abenámbar" que, debido a su sobrevaloración de lo árabe, es clasificado como romance morisco antiguo.

Además del valor histórico, se debe destacar su localismo por la fidelidad con que se presenta la geografía descrita, su valor arqueológico al informar acerca de las costumbres, objetos y arquitectura de una época determinada de la historia, y el valor nacional que ostentan no solo por servir como semblanza del pueblo peninsular, sino por convertirse en generadores de la españolidad al enfrentar a autóctonos y musulmanes, considerados como extraños, así como al convertir al moro en símbolo nacional en oposición a la figura del pastor de corte italianizante (1).

Este tipo de romance decae para dar paso a los romances moriscos, en especial, a partir de la segunda mitad del siglo XVI hasta poco antes de la expulsión definitiva de los moriscos de España, a excepción de algunos que aparecen en torno a la rebelión de las Alpujarras.

La verdadera maurofilia irrumpe cuando, a raíz de los romances fronterizos del tipo de "Abenámbar", se acostumbraba a ver el relato desde la perspectiva del árabe y el tono de la narración varía de lo épico a lo lírico. En los romances moriscos no interesa la acción bélica como sí, la descripción de fiestas al estilo musulmán, de ropajes exóticos, ricos jaeces; se insiste en nombres arábigos tanto de la indumentaria como de los personajes y lugares. Aparecen, entonces, el moro, la mora y sus amoríos, Granada, su arquitectura y sus zambras. Se puede fijar su aparición entre los años 1575 y 1585 y la primera colección de auténticos romances moriscos pertenece a Andrés de Villalta, *La Flor de Romances* que data de 1588.

Pero el tema no aparece solo en la lírica, sino que también interesa a la narrativa. La obra de mayor envergadura es *Las Guerras Civiles de Granada*

de Ginés de Pérez de Hita o *Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes*, como también se le conoce, publicada en 1595 y 1616, en dos partes. De mayor interés resulta la primera en la que se narran las luchas entre esos dos bandos antes de caer Granada en manos de los cristianos. El elemento histórico es constante pero, a la vez, existe una elaboración novelesca de los romances fronterizos. Se describe la vida de la corte árabe de Granada, llena de fantasía y suntuosidad. La segunda relata la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, durante el reinado de Felipe II, al mando de Ben Humeya, personaje que servirá a Martínez de la Rosa para su obra de teatro del mismo nombre (1).

Sin embargo, la idealización del árabe se había producido con anterioridad, según se señaló, en los romances fronterizos del siglo XV y la primera novela morisca es la *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*, anónima, que aparece intercelada en la edición póstuma de la *Diana* de Montemayor en 1561 y, después, en el *Inventario* de Antonio de Villegas, en 1565. Historia que aparece reiteradamente en gran número de romances que pertenecen a lo que se ha denominado romancero nuevo, sin que ello signifique una ruptura con los romances anteriores con los cuales guardan estrecha relación.

Tanto los romances fronterizos como los moriscos y los relatos mencionados adquieren gran difusión a lo largo y ancho de la Península y se conocen en todos los estratos sociales. Forman parte de la tradición oral y, también, tienen gran acogida por los literatos de la época quienes llegan aún a incluirlos en sus obras o a inspirarse en ellos para reelaborar temas y personajes. Tal es el caso del Abencerraje y de la Jarifa que servirán de modelo y tema para muchas producciones (1). Cervantes en *El Celoso Extremeño*, hace alusión directa a las producciones relacionadas con dicho tema con acompañamiento musical, cuando dice “. . .sé todas las del moro Abindarráez con las de su dama Jarifa. . .” (2). Pero, más significativo aún es la comparación que establece, en *El Quijote*, entre su ideal femenino, el mayor y más alto ideal de su Caballero Andante, que roza los límites del misticismo, y la hermosa Jarifa:

—Sepa vuestra merced, señor Don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré lo más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo.”

Parte I : Cap. V

Ya, en líneas anteriores, había hecho referencia a la historia en cuestión y al libro en que aparece publicada, lo cual indica un conocimiento directo de la obra y no simple recepción del medio oral:

“. . .se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidia. De suerte que cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe. . .”

Parte I : Cap. V

La temática y los motivos de los romances moriscos son muy diversos y tal parece que Cervantes era un gran conocedor de ellos. El relato morisco del retablo del maese Pedro se basa, casualmente, en un tema que se encuentra en el romancero: la cristiana, hija de un rey, cautiva en tierra de moros, protegida por el jefe de estos y liberada por su esposo, caballero cristiano.

En *El Quijote*, se inserta un fragmento del romance de don Gaíferos y, a la vez, en forma explícita, se informa de cuál ha sido la fuente de la historia que se narrará:

“Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las crónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos, por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor Don Gaíferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza; y vean vuestras mercedes allí como está jugando a las tablas Don Gaíferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas Don Gaíferos, (1)  
que ya de Melisendra está olvidado”

Parte II : Cap. XXVI

Pero se trata de un argumento que no aparece sólo en dicho romance, sino que se encuentra en otro que presenta ciertas variantes, al lado de algunos elementos idénticos: el romance *Mariana cautiva*. En ambos, la trama sigue el patrón antes dicho, por lo que conviene señalar sus puntos de similitud. En los tres relatos, incluyendo el de *El Quijote*, la cautiva es hija de reyes. En Cervantes, se precisa su nombre (téngase presente el origen francés de la fuente, según señala el narrador) el emperador Carlomagno, aunque se aclara que es sólo “padre putativo”. Además, se impregna el pasaje de cierto carácter humorístico cuando “le quiere dar con el cetro media docena de cosco-

rrones, y aún hay autores que dicen que se los dio, y muy bien dados. . .” (1), humor que se ve reforzado por la modificación fonética del nombre propio atribuido a la espada de Don Roldán, “Durindana”, que obviamente alude a “Durandal”, la espada de Roldán en el poema épico francés, *La Chanson de Roland*.

Tanto en los dos poemas como en *El Quijote*, se hace referencia concreta al juego de ajedrez —conocido en España gracias a los árabes—, como forma de pasar el tiempo, bajo el nombre de “jugar a las tablas”, con la variante que en el de *Mariana cautiva* es ella quien juega con el moro Galván (2).

Además, el nombre del personaje femenino, la cautiva, varía en el romance de Moraina, como se desprende desde el mismo título, pero sí concuerda en el retablo y en el romance de Don Gaíferos (3). Sin embargo, al nombre de *Melisenda*, forma como aparece en el romance, se opone la variante de *El Quijote* que sufre un incremento consonántico *Melisendra*. Los críticos relacionan este nombre con Belissent, hija de Carlomagno, como también con la madre de Jourdain de Blaives que lleva el mismo nombre.

Por otra parte, en Maese Pedro, el ambiente árabe se logra al introducir elementos propios de la arquitectura musulmana y al aludir al vestido, nombres arábigos y costumbres:

“... es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Alfajería; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida a lo moro, es la sin par Melisendra. . .”

Parte II: Cap. XXVI

Se ofrece una doble visión del moro: el que trata de aprovecharse de la cautiva, a traición, y el que se presenta como “grave moro” y justo que castiga tal atrevimiento de su súbdito, a pesar de que éste sea su pariente y “gran privado suyo”. De igual forma sucede en el romance de Gaíferos en el que la cautiva cristiana recibe muy buen trato por parte del rey Almanzor, con lo cual éste deja manifiesta su caballerosidad: “el rey Almanzor la trata / como a su hija carnal;” (1). Sin embargo, en el mismo poema, se les presenta desde una perspectiva contraria: “Allí estaba un perro moro / para los cristianos guardar;” (2). Más patente aún, se manifiesta la visión positiva del árabe en el de Moriana al iniciarse con la narración del juego que sostiene ella con el moro que la mantiene prisionera, en que se destaca su caballerosidad, buenos modales y su ternura:

“Mariana en un castillo  
juega con el moro Galván,  
juegan los dos a las tablas  
por mayor placer tomar.  
Cada vez que el moro pierde,  
bien perdía una cibdad,  
cuando Moriana pierde,  
la mano le da a besar.  
Del placer que el moro toma  
adormecido se cae.” (3)

Del mismo modo que en el retablo de maese Pedro, el moro amenaza con castigar a quien agravia a su prisionera, como una muestra más de la especial atención con que la guarda y, en este romance, se produce una nueva variante al enamorarse el moro de la cautiva:

“¿Quién vos ha fecho pesar?  
Si os enojaron mis moros,  
luego los haré matar,  
o si las vuestas doncellas,  
farélas bien castigar;  
y si pesar los cristianos,  
yo los iré conquistar.” (1)

Puede considerarse como relato morisco por la visión positiva que se ofrece del rey moro Marsilio y por el predominio de lo lírico al ser el centro de interés la relación amorosa de los esposos cristianos y no un conflicto bélico, a pesar de la persecución de los enamorados que emprende el rey moro, la cual refleja un triple propósito: completar el ambiente árabe con la mención de las mezquitas, símbolo del Islam por excelencia, dejar patente el conocimiento que posee del mundo musulmán al aclarar que éstas no tienen campanas sino que emplean atabales y “un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías” y, desde el punto de vista literario, introducir a Don Quijote dentro del mundo del romance, al convertirse un defensor de la pareja que huye y lanzarse contra los moros:

“Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda a los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo:

— No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como Don Gaíferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en batalla!

Y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma. . .”

Parte II : Cap. XXVI

Surge con esta intervención, de nuevo, el juego realidad — irrealidad característico de *El Quijote* y que el Manchego resuelve aduciendo la intervención de un encantador, técnica de procedencia oriental.

En algunos tratados acerca de los árabes y su presencia e influencia en Occidente, frecuentemente, se emplean los términos árabe, musulmán, moro y morisco como sinónimos del primero, sin establecer diferencia alguna, ni señalar matices que permitan una precisa interpretación. Son comunes los casos en que ella ocurre, aún tratándose de especialistas y de literatos. El mismo Cervantes, quien debía de conocer a cabalidad tales diferencias, emplea, por ejemplo, el gentilicio “morisco” como sustituyente de árabe, a pesar de que el morisco posee un papel protagónico en los conflictos sociales y económicos de su época:

“Desaté el nudo y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo. . .”

más adelante al referirse al mismo escrito dice:

“— Todo lo que va aquí en romance sin faltar letra es lo que contiene este papel morisco. . .”

Parte I : Cap. XL

El término ‘árabe’ se relaciona con conceptos raciales y lingüísticos por lo que se habla también de cultura árabe como el producto de la actividad humana llevada a cabo por los araboparlantes; mientras que ‘musulmán’ implica una concepción de tipo religioso, en primera instancia, que puede utilizarse también para hacer referencia a la cultura que florece bajo ese sello espiritual.

Por su parte, ‘moro’ se aplica en sus orígenes a los habitantes de Mauritania, pero luego se generaliza y, en España, se emplea como sinónimo de árabe, nordafricano y musulmán. En ciertos contextos, con un marcado valor peyorativo. Aun el Diccionario de la Real Academia Española lo registra como sinónimo de morisco y de moruno. En sentido estricto, debe emplearse para designar a los musulmanes del Norte de África y, por extensión a los musulmanes españoles, pero no es aceptable su uso para denominar a otros grupos árabes.

Más complejo resulta el término ‘morisco’ que se ha empleado como simple sinónimo de moro, árabe, musulmán, moruno y, además, para designar tipos de producciones literarias y distinguir un grupo social que posee determinadas características, así como para llamar a los descendientes de mulatos y europeos, como se acostumbra en México.

Otras veces, está cargado de un fuerte valor despectivo que surge a raíz del enfrentamiento con el mundo cristiano, al cual se opone como símbolo de infiel, marcado por una atmósfera de negatividad en la literatura de raigambre cristiana.

En páginas anteriores, se aclaró el significado de romance ‘morisco’ de lo cual se deduce una visión de lo morisco muy cercana al exotismo, a lo fantástico y decorativo, que suele acompañar al género narrativo bajo el nombre de ‘novela morisca’. Una vez más, se utiliza el término alejándose de su verdadera significación. En realidad, con el vocablo ‘morisco’ se hace referencia a la minoría musulmana que, después de la Reconquista, permanece bajo el dominio cristiano y a la cual se le obliga a cambiar de religión so pena de cárcel, fiscalización de sus bienes y del destierro. Existe, entonces, una especialización del significado que asiduamente se olvida, por lo que resulta necesario ahondar en su problemática para comprender mejor su realidad como parte de la historia de España que, en cierta medida, se encuentra incorporada en la producción literaria peninsular, como sucede en *El Quijote*.

En cuanto al caso del retablo del maese Pedro, es muy clara su filiación a lo que se ha llamado cuento morisco por las características ya apuntadas y por recrear la temática de un romance, también, equívocamente, denominado morisco. Situación muy diferente se plantea en otros dos relatos insertados en los que se desarrollan temas relacionados con lo árabe: “La historia del Cautivo” y “La historia de Ricote”.

“La historia del Cautivo”, a pesar de que incluye algunos elementos decorativos, no se limita a ello y se convierte en una ventana abierta a toda la problemática de la época en que los moriscos juegan un papel de gran importancia, incluso en las relaciones internacionales de España.

Una de las características que salta a la vista, en esta historia, es el conocimiento que posee Cervantes de la cultura de los musulmanes y de lo cual exhibe un espléndido despliegue en este relato. Se interesa por el aspecto lingüístico, campo en el que hace especial énfasis al incluir gran cantidad de arabismos, unos castellanizados y otros que resultan ser simple transcripción fonética o el resultado de su propia creatividad: alamafa, juma, zalá, gualá, zalemas, zoltanís, nizarani; así como ciertas expresiones que impregnan la narración de exotismo: Caba Rumía, Lela Marién, Támixixi, Amexi. Algunas de estas expresiones, además de la significación denotativa que poseen, conllevan una intensa connotación. El caso concreto de ‘Cava Rumía’ resul-

ta muy claro, pues con ella se alude a un hecho histórico de gran trascendencia y estrechamente relacionado con la temática de esta narración, su causa primera:

"...llegamos a una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio o cabo que de los moros es llamado el de la Caba Rumía, que en nuestra lengua quiere decir 'la mala mujer cristiana' y es tradición entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava, en su lengua, quiere decir 'mujer mala y rumía, cristiana'..." (1)

En general, el narrador se encarga de explicar aquellos términos que no sean conocidos y comunes, a fin de brindar total claridad al texto. Las palabras que ya están integradas a la lengua común, simplemente las utiliza como parte del bagaje general (gualá, alamafa, zalá):

"...y hase de advertir que adonde dice Lela Marién quiere decir Nuestra Señora la Virgen María."

"...donde decía que el primer juma, que es el viernes..."

"— ¡Sí, sí, María: Zoraida macange! —que quiere decir no."

"...preguntó con voz baja si éramos nizarani, como si dejera o preguntara si éramos cristianos."

"— ¿Támixixi, cristiani? ¿Támixixi? Que quiere decir: "¿Vaste, cristiano, vaste?"

"¡Amexi, cristiano, ámexi! ("¡Vete, cristiano, vete!")

Obsérvese cómo, en el último ejemplo, la traducción no está hecha por el narrador en forma directa, sino en forma callada, entre paréntesis, como fuera del texto, tal vez con la intención de no abusar de la expresión que ya se hace un poco repetitiva "quiere decir".

Hay una manifiesta preocupación por el aspecto lingüístico del medio que se describe, el cual coincide con la realidad del ambiente: existía una situación de bilingüismo en la Península que permitía el intercambio de ideas, las traducciones y facilitaba también, las relaciones en el nivel personal. Además del árabe y del romance, no se debe olvidar el conocimiento que del latín se tenía en los círculos cultos. Por ello, resultan de sumo interés las informaciones que el texto ofrece en tal sentido y que, desde el inicio del libro, el narrador se encargó de revelar, al presentar al traductor de los textos arábigos de Cide Hamete Benengeli:

"Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decían y lo que ella haría. El, en lengua arábiga le dijo que le pedían se quitara el embozo..."

"Servíanos de intérprete a las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, más declaraba su intención por señas que por palabras."

El interés de Cervantes por la lengua queda demostrado al insistir en el bilingüismo imperante y al hacer uso de vocablos especializados para designar moros, que hablan el árabe y el castellano, con el término "ladino". Pero, no sólo se plasma la realidad de la Península y del Norte de Africa, sino la de la cuenca del Mediterráneo en la que asolaba el dominio musulmán y en donde la comunicación se veía favorecida por medio de lo que se llamaba entonces la lengua franca:

"...el cual me dijo en lengua que en toda Berbería y aun en Constantinopla, se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas con la cual todos nos entendemos; digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba..."

La constante utilización de arabismos se aprovecha también para crear una atmósfera determinada y, además, trasluce usos, gustos y costumbres de lo cual Cervantes desea dejar constancia, como conocedor y testigo de esos ambientes orientales:

"...y en señal de que lo agradecíamos, hecimos zalemas a uso de los moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho."

De igual forma sucede al dar nombre a los personajes, escoge los más representativos y característicos de la arabidad: Zoraida, Uchalí Fartax (1) Agí Morato, Muley Hamet, Muley Hamida, a lo que debe añadirse la denominación de Moro y Mora como nombres propios.

En algunos nombres, no se trata sólo de un recurso para crear ambiente, como se dijo, sino que encierran en sí una mayor información acerca de las costumbres y creencias. Tal es el caso de Agí Morato en el que Agí, que significa peregrino, se asignaba a quienes hubieran ido en peregrinación a la Meca, como lo manda uno de los preceptos islámicos. De igual forma sucede con Uchalí Fartax "que quiere decir en lengua turquesca, el renegado tiñoso, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, o de alguna virtud que en ellos haya; y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos, que descienden de la casa Otomana." El propio narrador ofrece una explicación en la que deja manifiesta su posición ante los turcos.

El panorama que se describe es muy complejo, verdadero mosaico pleno de detalles que ofrecen una visión integral de ese mundo. Se mencionan alimentos preferidos, característicos de la dieta mediterránea que obligan a pensar en el gusto oriental por las hierbas aromáticas en la elaboración de sus comidas (hierbabuena, menta, etc): "que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada"; elementos arquitectónicos y notas urbanísticas con que se elaboran imágenes visuales que concretan más el elemento exótico: "encima del patio de nuestra prisión caían las ventanas de la casa de un moro rico principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrían de celosías muy espesas y apretadas.", ". . . y a mí me hallarán en el jardín de mi padre que está a la puerta de Babazón. . ." Pero la información es más acusada y da noticia de su organización: ". . . en una prisión o casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del Rey como algunos particulares, y los que se llaman 'del almacén', que es como decir cautivo del concejo, que sirven a la ciudad en las obras públicas que hacen. . ."

Como respuesta a las características de las llamadas novelas moriscas, cuyo nombre debería ser maurófilas, se encuentran descripciones de personajes en que, a veces, sobresale su atuendo por su riqueza y fastuosidad. La presentación que se hace de Zoraida, hija de Agí Morato, el acaudalado moro, no desmerece en absoluto de las hechas en novelas maurófilas anteriores, pero contrasta con la de su padre de quien sólo se dice que vestía una almalafa:

"Demasiada cosa sería decir yo agora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró a mis ojos; sólo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas a su usanza traía, traía dos carcajes (que así se llaman las manillas o ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados. . ."

Pueden observarse tres elementos que se destacan en la descripción y que ofrecen una visión positiva, impregnada de exotismo, artificio y boato, que no sólo apuntan a lo material, sino que está dada desde diferentes perspectivas, lo cual concuerda con las otras novelas de su género, como la de Pérez de Hita, *Ozmín y Daraja*, y el *Abencerraje* y *la hermosa Jarifa* en las cuales el rasgo tipificador es su guardarropía, además de las joyas, arcas

llenas de riqueza y la cortesía que se considera una constante en la literatura maurófila castellana. Se presentan los moros como nobles, decorosos, de buenas costumbres y de amable trato. Se crea una imagen de Zoraida que, junto con sus actuaciones, permite ubicarlo dentro de un grupo social a lo largo del relato y que, a veces, solo se conoce en forma indirecta:

"... aunque el quisiera hablar a Zoraida (. . .) y decille (. . .) que estuviese contenta y segura, nunca le fue posible, porque las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no es que su marido o su padre se le manden. . ."

Desde el punto de vista religioso, se insiste en manifestar la práctica de los preceptos musulmanes, por medio de expresiones que lo confirman: "Alá te guarde. . .", ". . . rogando a Mahoma rogase a Alá. . ."; en forma indirecta, al mencionar términos relacionados con esos preceptos, como zalema y zalá o en interjecciones en que se transcribe la pronunciación arábiga: "Gualá" que significa 'por Alá'.

Existe una aparente inconsistencia en la facilidad con que la mora Zoraida acepta la devoción de la Virgen María (1), a la vez que el culto a las imágenes, y nace en ella ese arrebató por emigrar a tierras cristianas en busca de Lela Marién. Surgen frases que denotan ambigüedad y que no manifiestan la angustia natural que una situación de esa clase suscitaría:

"... Lela Marién hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y esa cruz que yo beso muchas veces que así me lo mandó la cautiva."

En realidad, no existe inconsistencia, los musulmanes aprenden a venerar a María cuya figura se encuentra en el Corán llena de elogios, como una mujer excelsa, plena de virtudes, fiel creyente, justa y virgen; por ello, no es raro que Zoraida diga que, casualmente, la Virgen María es quien "ha sido la causa de que yo sea cristiana." Resulta ser la Virgen puente común que hermana, hasta cierto punto, a moros y cristianos y que facilite el que un musulmán abrace el catolicismo; pero, a la vez, distancia a unos de otros al no reconocerla aquellos como Madre de Dios, como le sucede al inicio a la misma Zoraida.

La narración está impregnada de verismo y se apoya en la historia para lograrlo. En sus páginas están presentes algunos personajes reales como Agí Morato, Duque de Alba, Condes de Eguemón y de Hornos, Diego de Urbina, Don Juan de Austria y

su hermano el rey Don Felipe; al igual que ciertos hechos en que participa el Cautivo que han sido documentalmente probados. Otra fuente de apoyo que ayuda a crear la verosimilitud del relato, tan característico del romancero y de la literatura española en general, es la multiplicidad de topónimos que se identifican con absoluta facilidad en un mapa: León, Alicante, Génova, Constantinopla, Túnez, Tabarca, Argel, Sargel, entre otros. También, algunas edificaciones: Babazón (una de las nueve puertas de Argel) y la Bata (fortaleza situada a dos leguas de Orán).

La situación general que reina en el ambiente de la obra coincide con la problemática social de la época: existía gran inestabilidad en las costas españolas a causa de la constante agresión de los corsarios, muchas veces con la colaboración de los moriscos, entre los que se encuentran los nordafricanos y en la *Historia del Cautivo*, al rey de Argel se le identifica como uno de estos corsarios que, a su vez, sufre los desmanes del Imperio Otomano al igual que Europa. Tal inseguridad provocan los ataques y asaltos de los moros que al llegar al Cautivo a tierra española, vestido de moro, un joven pastor que los ve "metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó a dar los mayores gritos del mundo, diciendo: —¡Moros, moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma!", de donde es fácil colegir el origen del dicho popular, tan español. ¡Hay moros en la costa!" que sintetiza todo el sentir de una época retratada por Cervantes en esta narración.

A pesar de lo anterior, se advierte la intención de resaltar las actitudes y características positivas de los moros, en forma más o menos solapada, con certeza por las implicaciones que esto podría traer con la Inquisición: "el moro más cruel y más valiente" y al presentar la figura de Agi Morato, aunque la balanza se incline por una visión negativa de ellos:

"...no te fíes de ningún moro, porque son todos marfucos (1)"

"yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros."

A pesar de todo ello, se permite a Zoraida manifestar la opinión que tienen los moros de los cristianos: "...porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís y os hacéis pobres por engañar a los moros—".

A partir del momento en que el pastor huye asustado, se introduce, abiertamente, el enfrentamiento que existe en tierras españolas entre musulmanes y cristianos. El Cautivo y sus acompañantes deben cambiarse de traje para no causar alarma y, muy sutilmente, el narrador permite observar el total rechazo de la comunidad cristiana hacia el Islam:

"—Decidme, señor— dijo Dorotea— esta señora ¿es cristiana o mora? Porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese."

Con este fragmento, se deja planteado ya el problema de los moriscos que subyace en el relato y que será objeto de análisis en la historia de Ricote, en la cual se hace ya explícita la situación en que vivió dicha minoría en suelo español.

Por otra parte, el tema del cautivo, que recibe ayuda de parte de un miembro del grupo social que lo mantiene en prisión, ha recibido diversos tratamientos por lo que existe gran número de variantes: cautivos o cautivas, cristianos o musulmanes, entre los que surge un sentimiento amoroso y, en algunas versiones, se produce la conversión. Se trata de un argumento muy empleado en romances y relatos y que posee una larga trayectoria en la literatura árabe, así como en la romance. El hilo narrativo del relato cervantino se encuentra, con las variantes que la obra exige, en *Las mil y una noches* en la "Historia de Alá — D—Din=Abu—Schamat" (noches 184-201) y en la "Historia de Alí Nuru — D—Din y Mariem, la cinturonería" (noches 477-492) (1); así como, en un contemporáneo de Cervantes, Lope de Vega en su comedia *Cautivos de Argel*.

Otro tanto sucede con la introducción del relato en la que se plantea un típico cuadro miliunochesco al repartirse una herencia y quien la recibe se dedica a viajar, a conocer mundo, lo cual da pie para que surjan 'mil y una' aventuras como es el caso de la Historia de la princesa Nuru—N—Nehar y de la bella Pari—Banu", (noches 660-673) (2).

Cervantes, inmerso en la problemática social de su país y como se ha dicho con anterioridad, en estrecha relación con el mundo de los musulmanes lleva a los moriscos a formar parte de su obra magistral y les confiere cierta relevancia desde el punto de vista literario, ya que es un morisco quien traduce los manuscritos árabes, pretexto fundamental de la narración misma; pero, a la vez, deja plasmada una realidad social de la España de finales del siglo XVI y principios del XVII, época en que le correspondió vivir:

"Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile, con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara.

Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y, haciendo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.

Parte I : Cap. IX

A partir de la decadencia del califato musulmán de Occidente, los reinos cristianos inician su aglutinación alrededor de las figuras de los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, quienes toman la cruz como punta de lanza contra el poderío de los árabes. Se agudiza la Guerra Santa, ahora desde la perspectiva de un poder centralizado pero con idénticos objetivos político-religiosos. Castilla busca asir el mando de la naciente España. Por lo tanto, gracias a los árabes, había surgido el movimiento de la Reconquista, con el cual además de la unidad geográfica, bajo la hegemonía de los castellanos, la unidad política, religiosa y lingüística, brota un sentimiento de "nacionalidad española" desconocido hasta ese momento.

Después de una productiva convivencia, en lo intelectual y en lo material, entre árabes, cristianos y judíos, una vez entronizado el poder de los cristianos, se produce un fenómeno de singular relevancia en el desarrollo de la vida social, política y religiosa de la Península, con sus consecuentes repercusiones en la producción artística, en especial, en la arquitectura y en la literatura. La minoría judía es absorbida por la incipiente sociedad española, con su anuencia y beneplácito, y se relega su condición a un segundo plano. Forman parte de los grupos poderosos de la época, por lo cual se evita mencionar su "deshonroso" origen desde la expulsión que se produjo en 1492.

Suerte muy diferente corren los moriscos que, a pesar de ser un grupo minoritario, se mantienen vigentes dentro de la vida social, conservando sus costumbres aún varios siglos después de la Reconquista y oponiendo resistencia a la creciente imposición de los reyes cristianos. Debido a su actitud y valentía, a su negativa a integrarse, se convierten, por mucho tiempo, en atractivo motivo literario

que recibirá diversos tratamientos, según las circunstancias del momento en que surge la obra.

La convivencia entre cristianos y musulmanes se hace cada vez más difícil y tensa. Cada uno de los grupos mantiene sus costumbres, sus creencias y su religión, que los identifica y les permite reconocerse como miembros de una determinada comunidad. Obviamente, los cristianos que ostentan el poder tratan de imponerse y hacer desaparecer cualquier signo de islamismo que pudiera representar un posible peligro para su unidad religiosa y, sobre todo, para la política.

Surge, así, un enfrentamiento entre ambas comunidades cuyas muestras más claras quedan manifiestas en algunos signos externos, puesto que no se trata de comunidades que viven aisladas sino que deben compartir un mismo suelo, unas mismas ciudades y el roce cotidiano permite que sus diferencias queden al descubrimiento a cada momento. Los moriscos (1) como grupo minoritario deben ser cuidadosos porque una simple confidencia amistosa o un estallido de cólera en que se invoque el nombre de Mahoma será aprovechado por los cristianos (en muchas oportunidades se daban provocaciones) para elevar una acusación ante la Santa Inquisición. Tal situación le deja plasmada Cervantes en el relato de Ricote, al que, con toda propiedad, puede denominarse relato morisco:

"—¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime: ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienen atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen, tendrás hasta mala ventura?"

—Si tú no me descubres, Sancho —respondió el peregrino—, seguro estoy que en este traje no habrá nadie que me conozca;"

Insiste Cervantes en presentar la denuncia como el sistema instaurado para preservar la unidad de los cristianos y señalar a quienes se inclinaban por el Islam por lo que, ante el ruego de Ricote para que Sancho colaborara con él en la búsqueda del tesoro que había dejado escondido al salir, Sancho le advierte que no insista y, además, permite el lector conocer su criterio acerca de dicha minoría:

"—Yo te he dicho Ricote —replicó Sancho—, que no quiero; conténtante que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mío; que yo sé que lo que bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño."

y su apego y respeto a la corona:

“...por parecerme haría traición a mi Rey en dar favor a sus enemigos, no fuera contigo, si, como me prometes doscientos escudos, me dieras aquí, de contado, cuatrocientos.”

Deben entonces, los moriscos tomar medidas preventivas y algunas para burlar su asidua y, a veces, solapada vigilancia: dejan de asistir a la iglesia, posponen la educación religiosa musulmana de sus hijos para evitarles un enfrentamiento con la Inquisición; una vez recibido el bautismo efectúan una reunión de solo musulmanes con el fin de invalidarlo y, después, otorgarle un nombre musulmán que será usado únicamente en el seno familiar. Pero su sagacidad para defenderse va más allá y, en ocasiones, suplantan al niño que iba a ser bautizado por otro que ya lo estaba. De igual forma, en el momento de la muerte, se llevaban a cabo ritos islámicos (lavar al muerto con aguas olorosas, laurel, romero o azahar y vestirlo con sus mejores atuendos, además de la preparación especial que le hacen a la tumba) antes de llamar al sacerdote.

La Inquisición se preocupó por brindar instrucción religiosa a los moriscos para asegurar cualquier desidencia que, junto con las fuerzas extranjeras, en su momento las turcas, que amenazaban la paz y seguridad del reino, produjeran la caída de los reyes Carlos V, Felipe II y Felipe III, para cuyos mandatos los moriscos simbolizaban el peligro inminente. La reacción morisca ante la medida no se hace esperar y planean, a su vez, la enseñanza y proselitismo de sus creencias islámicas, en forma clandestina, lo cual permite que su organización religiosa se conserve hasta el momento de su expulsión, como es el caso de los moriscos valencianos.

Otro recurso que emplea la Inquisición para conseguir sus fines consiste en favorecer los matrimonios mixtos, concediéndoles ciertas ventajas económicas, a fin de que uno de los cónyuges evangelice al otro. Tal medida se toma a raíz del rechazo mutuo que surge entre cristianos y moriscos cuyo origen debe buscarse en la discriminación iniciada por los primeros. A pesar de que la hija de Ricote se autodefine como buena cristiana, pertenecía a una familia reconocida como morisca y su enamorado era cristiano por lo que tal problemática social también se encuentra en *El Quijote*:

“...que ya habrás oído decir, Sancho, que las moriscas pocas o ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos...”

Además, se obligaba a los moriscos a vivir en comunidades de cristianos viejos para mantenerlos

totalmente vigilados y bajo el control absoluto.

Pero, ninguna de estas medidas surtieron los efectos deseados, ni las múltiples prórrogas y perdones ante las leyes que los obligaban a bautizarse, a dejar sus prácticas religiosas, costumbres alimentarias, vestimenta, o a salir de su comunidad o de España. Ricote, a pesar de que se le quiere presentar como cristiano, él mismo afirma que “yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro...”, por lo que debe someterse a lo mandado por el rey:

“...y yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que partí de nuestro lugar, por obedecer el banco de Su Majestad, que con tanto rigor a los desdichados de mi nación amenazaba...”

Asunto que reitera en el texto para enfatizar no sólo la expulsión de que fueron objeto, sino el dolor que ello causaba a los suyos y el miedo y convulsión que provocaba:

“—Bien sabes, ¡oh Sancho Panza, vecino y amigo mío!, cómo el pregón y bando de Su Majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros; a lo menos, en mí le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutando en mi persona y en la de mis hijos.”

“...fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave, al parecer de algunos; pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estábamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural...”

Todas las medidas fueron inútiles ya que la comunidad cristiana no los asimilaba: no se les permitía ocupar cargos honoríficos ni desempeñar puestos públicos que se exigía para ellos “limpieza de sangre”. Se les prohibía vestir trajes finos, usar joyas, pasearse por las calles, lo cual constituía un castigo de por vida y, peor aún, hereditario. Tampoco podían montar a caballo ni portar armas y, en determinadas comunidades, se les obligaba a portar una media luna azul del tamaño de una naranja como estigma de su condición de moriscos. Por encima de todo esto, pesaba la prohibición, más íntima aún, de emplear su propia lengua, que Cervantes se asegura de no pasar inadvertida, dada su preocupación por este campo de la cultura:

“...Se sentaron al pie de un haya, dejando a los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca (1), en la pura castellana le dijo las siguientes razones:”

"...criéme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas jamás, a mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes (que yo creo que lo son). . ."

A raíz de toda esa represión, surge el profetismo, las llamadas alguacías o jofores tan comunes en el siglo XVI. En ellas, se nota la seguridad de los moriscos en que recibirán ayuda de Dios. Se constituye, por lo tanto, en un hecho religioso que relacionan con el *Corán* y con las tradiciones del Profeta. Brota, así, la esperanza en un destino favorable desde el punto de vista religioso y político que les infunde valor para lanzarse a la defensa de sus intereses y a la guerra.

Por otra parte, existe gran solidaridad entre ellos y poseen conciencia de pertenecer a un grupo social diferente al de aquella sociedad en la que se les obliga a insertarse. Por ello, con mucha frecuencia, huyen a tierras musulmanas: Marruecos, Argel y Túnez, consideradas como la tierra prometida, aunque en la realidad no se les diera muy buen trato, por considerarlos ciudadanos de segunda categoría. En el relato de Ricote, su hija es llevada a "Berbería" por un tío materno quien era musulmán:

"Y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fue mi mujer y mi hija antes a Berbería que a Francia, adonde podía vivir como cristiana.

A lo que respondió Sancho:

—Mira, Ricote: eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer; y como debe der ser fino moro fuese a lo más bien parado;"

"...y en Berbería, y en todas las partes de Africa donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan."

El problema morisco es más complejo y, también, se vincula directamente con la situación económica de la Península, la cual se ve muy deteriorada después de la expulsión de los moriscos, ya que la actividad agrícola y comercial estaba casi en su totalidad, en sus manos. Recuérdese que son los árabes quienes, después de aprender las técnicas de riego y agricultura, y por dedicarse al comercio, junto con los judíos, desde tiempos lejanos, hacen a los moriscos herederos de su saber. Tal situación se deja entrever, de forma muy indirecta al presentarse Ricote a Sancho:

"—¿Cómo y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces a tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?"

Para los efectos de este trabajo, se consideró suficiente esbozar la problemática social y religiosa

que, a la postre, se convierte en el germen de la acogida que la literatura dará a este personaje tan conflictivo de la vida social española, inspirados por la intensa represión que sufren, por la sublevación de 1568—1570 y por la definitiva expulsión de España en 1609—1614.

Surge, entonces, una copiosa literatura en que se alaba la decisión regia, ya que, a pesar de algunas muestras de insatisfacción, no se permitía la crítica abierta al mandato del monarca. Dentro de ese tipo de obra se puede incluir el relato en estudio, debido a la actitud que muestra Ricote en relación con el bando real; no cabe duda de que tal posición obedece al temor del autor de caer en manos de la Santa Inquisición:

"...me parece que fue inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución,..."

"...que jamás tuvimos pensamiento de ofendernos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados."

La actitud de los escritores varía a partir de la muerte de Felipe III y es, entonces, cuando aparecen algunas críticas en obras de historiadores, políticos y economistas, pero hay que esperar hasta el siglo XVIII para que sean más directas y duras, antecedente inmediato a la historiografía liberal del siglo XIX. A pesar de lo anterior, en *El Quijote* y de una forma muy solapada, se encuentra una crítica implícita al llamar al protagonista de esta narración con el topónimo de Ricote. Intención que se ve reforzada con insistencia al reiterar dicho nombre en la esposa y la hija del morisco:

"...yo sé cierto que la Ricote, mi hija, y Francisca Ricota, mi mujer, son católicas cristianas,..."

No cabe duda de que simboliza con él uno de los últimos episodios de la expulsión y represión de los moriscos de España a principios del siglo XVII. Se hace referencia a la encomienda de la orden de Santiago, ubicada en el Valle de Ricote en donde se encontraban seis pueblos de la vega del Segura. Ante el bando de expulsión en 1601, hubo una reacción de sus pobladores para demostrar su apego a la religión cristiana por lo que iniciaron una serie de actos que dieran fe de su cristianismo: procesiones, oraciones, penitencias, comían carne de cerdo y tomaban bebidas alcohólicas. A pesar de todo, el rey Felipe III consideró que se trataba de manifestaciones externas para salvar la situación y envió, en 1603, al Conde de

Salazar para que se expulsara a los 2500 moriscos del lugar. Situación que se perfila en *Don Quijote*:

“—De aquella nación más desdichada que prudente sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada.

En la corriente de su desventura, fui yo por dos tíos míos llevada en Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como, en efecto, lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas.

No me valió con los que tenían a cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla; antes tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido. . .”

A la vez que hace presente, de nuevo, a un personaje real:

“—No dijo Ricote, que se halló presente a esta plática—

“hay que esperar en favores ni en dádivas; porque con el gran Don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, a quien dio Su Majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas.

También critica Cervantes el que en la corte se conceden favores a cambio de dinero, hecho comprobado en la historia de España al que se alude en este pasaje aunque en forma indirecta, pero que, en otra ocasión, refiere concretamente al tratarse del permiso para que permanezca en tierra española la tanto Ricote como su hija. De nuevo, le interesa al autor señalar un problema común de su época, el soborno, que, además, constituía la forma como algunos moriscos evitaban la rigurosidad de las leyes emitidas en su contra, según afirman los historiadores:

“Don Antonio se ofreció venir a la Corte a negociarlo, donde había de venir forzosamente a otros negocios, dando a entender que en ella por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.”

Debido a que se trataba de una minoría indefensa que había sido bautizada y, además, por haber manifestado su deseo de vivir como cristianos, se produjo una reacción de disgusto en algunos círculos, lo que ayuda a que el topónimo adquiera una connotación de fatalidad y simbolice este oscuro episodio de la historia de España.

Para completar el panorama de la situación social y política de la época en cuestión, Cervantes presenta los tipos que se convierten en los protagonistas de la historia del momento narrado: turco, moro, cristiano, renegado y cautivo. Su narración entera está tejida por las relaciones que se establecen entre ellos y el autor crea la oportunidad pro-

picia para mencionarlos directamente, con su nombre genérico:

“—Dime, arráez: ¿eres turco de nación, o moro, o renegado? A lo cual el mozo respondió, en la lengua asimesmo castellana.

— Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

— Pues ¿qué eres? —replicó el Virrey.

— Mujer cristiana —respondió el mancebo

Después del análisis de los tres relatos, se debe insistir en la necesidad que surge de aclarar la nomenclatura usada por tradición para denominarlos, pues resulta totalmente ambigua al coincidir, como ya se ha explicado con anterioridad, el uso del término “morisco” tanto para hacer referencia a aquellas obras en que se presenta al árabe como elemento exótico, fastuoso y decorativo, junto a una visión positiva del mismo, como para la producción literaria que trata el problema social del morisco. De ahí, la sugerencia de denominar a las primera maurófilas y las segundas, con toda propiedad, moriscas.

#### NOTAS

- ( 1 ) Un amplio estudio del tema en Manuel Alvar. *El romancero, tradición y pervivencia*. Segunda Edición, Barcelona, Editorial Planeta, S.A., 1974.
- ( 2 ) *Aben-Humeya* ou *La Révolte des Maures sous Philippe II* fue puesta en escena en Francia, en 1830, para ser traducida al español seis años más tarde.
- ( 3 ) Consúltese la edición de Francisco López Estrada. *El Abencerraje* (Novela y Romancero), segunda edición. Madrid, Ediciones Cátedra, S.A., 1982.
- ( 4 ) Miguel Cervantes Saavedra. *Obras Completas*. Séptima edición, Madrid, M. Aguilar Editor, 1946. p. 981.
- ( 5 ) Alrededor de la figura de Gaíferos, al que se le reconoce, en la literatura, como compañero de Carlo-magno, surgen cuatro romances. En la producción épica, se le encuentra con los doce pares en Roncesvalles. Además, se le identifica con Waifré, duque de Aquitania. Según algunos investigadores, puede existir relación con la historia de Lampegia o Lampagia, hija de Eudón y tía de Wifré quien, de acuerdo con la tradición, fue robada por Munuza pero, a diferencia de lo acontecido en el citado romance, fue enviada a Damasco y nunca se rescató. El romance que interesa es el que da inicio con los versos:  
 “Asentado está Gaíferos / en el palacio real; /  
 asentado al tablero / para las tablas jugar.” Este romance se conoce en forma escrita a partir de 1515, en hojas sueltas, lo cual influye para que

alcance gran popularidad. Posteriormente, aparece en diferentes obras en forma fragmentaria, como es el caso del *Cancionero musical de palacio*.

- ( 6) Parte II: Cap. XXVI
- ( 7) El nombre de este moro es tomado del Ciclo Breton.
- ( 8) Acerca del origen del argumento, puede consultarse la edición de Juan Alcina Franch del *Romancero Antiguo*. Barcelona, Editorial Juventud, S.A., 1969. Tomo II, pp. 63-93.
- ( 9) Ibid. p. 81
- (10) Ibid. pp. 83-84
- (11) Ibid p. 451
- (12) Ibid. p. 452
- (13) En adelante no se hará referencia a los capítulos y parte en que se encuentra la cita, por tratarse del análisis de tres relatos concretos y fácilmente localizables en la obra. Sólo se indicará cuando el texto no corresponda a los mismos.
- (14) Nombre turco bajo la dominación musulmana.
- (15) Otras obras de Cervantes abordan este tema: *Los baños de Argel*, *La soberana Virgen de Guadalupe y grandeza de España* y *La gran sultana*.
- (16) Engañoso, falso.
- (17) Anónimo. *Libro de las mil y una noches*. Quinta edición, México, M. Aguilar Editor, S.A., 1983. Tomo I, pp. 1182-1241 y Tomo II, pp. 799-871, respectivamente.
- (18) Idem. Tomo III, pp. 365-395.
- (19) Un extenso y detallado trabajo acerca de la situación en que convivían moriscos y cristianos lo constituye la obra de Louis Cardaillac, *Moriscos y cristianos, un enfrentamiento polémico (1492-1640)*. Madrid Fondo de Cultura Económica, 1979. Así como el de Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*. Madrid, Editorial Revista de Occidente, S.A., 1978.
- (20) Soltura que de seguro adquirirían al verse obligados a no utilizar su lengua morisca.

#### BIBLIOGRAFIA

Alcina Franch, Juan. *Romancero Antiguo*. Barcelona, Editorial Juventud, S.A., 1969. Dos Tomos.

Alvar, Manuel. *El romancero. Tradicionalidad y pervivencia*. Segunda edición. Barcelona, Editorial Planeta, S.A., 1974.

Anónimo. *Libro de las mil y una noches*. Quinta edición. México, M. Aguilar Editor, S.A., 1983. Tres tomos.

Cardaillac, Louis. *Moriscos y cristianos, un enfrentamiento polémico (1492-1640)* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1979.

Castro, Américo. *La realidad histórica de España*. Sexta edición. México, Editorial Porrúa, S.A., 1974.

Cervantes S, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid, Aguilar, S.A., 1966.

----- . *Obras Completas*. Séptima edición. Madrid, M. Aguilar Editor, 1946.

Domínguez, Antonio y Vincent, Bernard. *Historia de los moriscos, vida y tragedia de una minoría*. Madrid, Revista de Occidente, 1978.

Fernández Gómez, Carlos. *Vocabulario de Cervantes*. Madrid, Real Academia Española, 1962.

Lacarra, María Jesús. *Cuentística medieval en España: los orígenes*. Zaragoza, Depto. de Literatura, Universidad de Zaragoza, 1984.

López-Baralt, Luce. *Huellas del Islam en la literatura española*. Madrid, Ediciones Hiperión. S.L., 1985.

López Estrada, Francisco. *El Abencerraje (Novela y Romancero)* Segunda edición. Madrid, Ediciones Cátedra, S.A., 1982.

Vernet, Juan. *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*. Barcelona, Editorial Ariel, 1978.